



**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Didriksson Takayanagui, Axel (1985)
“CRISIS, UNIVERSIDAD Y CIENCIAS SOCIALES”
en Perfiles Educativos, No. 27-28 pp. 46-55.

CRISIS, UNIVERSIDAD Y CIENCIAS SOCIALES

Axel DIDRIKSSON T.*

La creatividad se relaciona con la innovación, con las preguntas y las respuestas originales, con la educación general y permanente.

INTRODUCCION

Originalmente, este trabajo fue presentado en la Primera Reunión Nacional de Escuelas y Facultades de Economía, a fines de 1984. La discusión que entonces suscitó el documento y la serie de observaciones y comentarios que posteriormente hicieron acerca de éste los maestros e investigadores del Centro de Investigaciones y Servicios Educativos, permitieron ampliar algunos de los puntos tratados e introducir correcciones en otros.

La discusión acerca de los cambios que están ocurriendo en la educación superior de México y los impactos de la crisis económica en la enseñanza y la formación profesional, así como las tendencias que desde ahora se perfilan, han sido el motivo que nos llevó a proponer la publicación de este trabajo, que viene a ser, por lo tanto, el resultado de nuestras reflexiones sobre el "porvenir" de la universidad, considerando los efectos que sobre ella impone la actual crisis, o sea, el rezago y la corta visión alternativa de las ciencias sociales, iniciándose ello desde el aula, frente a una política educativa que se enfoca preferentemente a lo tecnológico y lo administrativo.

El trabajo se divide en tres partes, la primera presenta nuestras ideas sobre los efectos de la crisis en la educación superior. La segunda se refiere al análisis de la política de planeación educativa que se ha venido aplicando y a los derroteros que han seguido; se hacen también algunas alusiones al denominado Programa Nacional de Educación Superior y a sus implicaciones. Finalmente, consideramos algunas tendencias significativas que se perfilan en el subsistema de educación superior para los años venideros, y algunas proposiciones de carácter general para reorientar la enseñanza profesional, que buscan plantear opciones tendientes al mejoramiento de la calidad educativa.

CIENCIAS SOCIALES, CRISIS Y UNIVERSIDAD

Las ciencias sociales pasan por una etapa crítica. Podemos afirmar que existe un rezago teórico en las ciencias sociales, en relación a problemas urgentes que requieren una atención prioritaria, ante una ofensiva neoconservadora a la cual no se enfrenta con un marco conceptual adecuado, y con temas erráticos que reflejan la insistencia en cuestiones "de escaparate". Se trata de una crisis teórica que refleja la estrechez de su marco de análisis para abordar una realidad política, social y económica nueva, complicada y trascendente. Una realidad rebelde que obligaría a adoptar un enfoque más amplio en cuanto a las estrategias de solución, haciendo a un lado la observación obtusa dirigida sólo a lo inmediato.

En palabras de Pablo González Casanova, "mientras el pensamiento neoconservador ha alcanzado una sofisticación y una riqueza extraordinaria, que le permiten combinar todo tipo de conceptos y retóricas hasta tomar la ofensiva ideológica de nuestro tiempo, el pensamiento democrático y socialista plantean sus tesis con

* Profesor e investigador del CISE

una notable incongruencia y superficialidad, basados en esquemas y abstracciones que no captan la dialéctica del mundo actual, y que son incapaces de incidir en ella..."¹

El optimismo depositado en las Ciencias Sociales durante la década de los setentas ha decaído radicalmente: el pensamiento tecnocrático se ha apoderado de la imaginación sociológica y de la crítica de la economía política, y los cambios empiezan por corroborarse en las universidades, que constituyen la fuente inagotable del saber y poder.

En todo esto hay una correspondencia entre el conocimiento social y las condiciones de existencia del mismo.

La crisis actual, especialmente la que sufre nuestro país, afecta de manera importante a las ciencias sociales, en sus pautas de conocimiento, en su estructura profesional, en la currícula y en la metodología del proceso de enseñanza-aprendizaje a través del cual se sistematizan y socializan aquéllas.

Si las tendencias de la crisis señalan que el problema nacional no será ya el crecimiento económico, sino la dependencia y la escasez, ello conlleva complicados costos sociales y políticos que no pueden ocultarse. En todo caso, no hay evidencias disponibles que indiquen una reversión de la tendencia actual al agudizamiento de los problemas del empleo, del salario, de las condiciones de vida y trabajo, de alimentación, salud y distribución de la riqueza.

En síntesis, urge reflexionar acerca de lo que sobrevendrá en los próximos 10 y 20 años, indudablemente difíciles para el país, que plantean el desarrollo de un tremendo esfuerzo de imaginación donde la educación superior jugará un papel muy importante.

Y es que en la educación se plantea también una situación nueva. Tan solo en los últimos 10 años el modelo tradicional de crecimiento de las instituciones de educación superior resulta ya ineficiente, por lo que éstas empiezan a cambiar de transformaciones cualitativas que repercuten decisivamente en el desarrollo futuro de aquéllas, en condiciones en la que todo aparece como un imperativo demasiado sutil.

Durante la década de los setentas, el desarrollo de las universidades se enfrentó a una renovación de algo que parecía había entrado en una profunda crisis de legitimidad: la imagen de la universidad posterior a 1968, surgida de la fuerte conmoción a que se vio sometida en este año, y que, sin embargo, mantuvo una línea de continuidad que hoy es calificada como propiciadora de un éxito feliz. Esta fue una década de impulso sostenido al crecimiento del sistema, con una fuerte inversión federal y una expansión en todos los tipos de instituciones universitarias: autónomas, estatales, tecnológicas y privadas. Fue una década de modernización académica y administrativa, con un fuerte incremento en la matrícula: de un cuarto de millón de alumnos que había en 1970, se pasó a 820 mil en 1980. El financiamiento pasó de 1 154 millones de pesos en 1970, a casi 20 mil millones en 1980, con lo cual el Estado pasó a ser el principal contribuyente en esta relación.²

Sin embargo, esto mismo fue creando una base que propició nuevas contradicciones y dificultades: incorporación de nuevos sectores de clase sin modificar la concentración de oportunidades educativas en las clases medias y altas; mayores presiones sociales; devaluación de las licenciaturas; demanda de cuadros por abajo del egreso universitario; subocupación profesional; inflacionado credencialismo; poca vinculación de la labor profesional cargada hacia las ciencias sociales, administrativas y humanísticas, y baja calidad de los cuadros técnicos especializados. La ciencia y la tecnología generada de las universidades no se encontró como tendencia histórica, con las condiciones de ser fuerza directa en función de su relación con las ramas productivas más dinámicas.

La paulatina mengua de las universidades se refleja, sobre todo, en el deterioro de su enseñanza. Se ha podido comprobar que dicho deterioro no se produjo (contra una opinión muy generalizada) a causa del crecimiento demográfico del país, ni de la masificación (en algunas) de las instituciones de educación superior, sino la falta de planificación y a la carencia de una política académica acorde con las necesidades sociales de nuestro país. Como señala Carlos Muños Izquierdo "... el detrimento cualitativo de la enseñanza debe atribuirse

¹ Pablo González Casanova. "El pensamiento político y la paz mundial", semanario Proceso, No. 419, 12 de noviembre de 1984, p. 38.

² Ver Olac Fuentes Molinar. "Las épocas de la universidad mexicana", Cuadernos Políticos No. 36, abril-junio 1983, p. 52.

a que las políticas de expansión educativa no fueron acompañadas de las necesarias para desarrollar y asignar los recursos que hubieran permitido impartir educación de buena calidad. De lo dicho también se deduce (...) que el desajuste observado entre la oferta y la demanda de trabajo con determinados niveles de educación --y, en el caso de la enseñanza superior, entre la oferta y la demanda correspondientes a determinadas profesiones-- tampoco puede ser simplemente atribuido a la llamada explosión demográfica del país. Dicho problema tiene en sus raíces, más bien un modelo de desarrollo económico que no ha sido capaz de convertir nuestras necesidades sociales en **demandas efectivas**, lo cual, (...) ha impedido que se desarrolle una demanda laboral realmente adecuada al perfil de los recursos humanos de que disponemos.³

DE LA PLANEACION A LA INCONGRUENCIA

Entrada la década de los ochenta, la situación descrita anteriormente empezó a modificarse espectacularmente. Si revisáramos, así se esquemáticamente, los lineamientos y prioridades de la actual política educativa, nos encontraríamos con que el énfasis se ha puesto en la redefinición de gran parte de los lineamientos implantados durante la década anterior, a excepción de la relación universidad-Estado.

En principio, todo se expresa en el marco de una planeación institucionalizada. El Plan Nacional de Desarrollo obliga a las universidades públicas a modificar su dinámica expansiva orientándola hacia la eficiencia y la elevación de su calidad académica, así como a la racionalización de la matrícula de educación media superior y superior, redefiniendo, a su vez, la actual orientación de la estructura de las profesiones, con prioridad en la educación tecnológica. Las ciencias sociales son comprendidas en su utilización funcional y administrativa, como subordinadas a las anteriores prioridades, con lo cual las instituciones de educación superior sufren un proceso de curiosa inversión: si durante las décadas de los cincuentas y sesentas, el denominado subsistema tecnológico fue refuncionalizado a imagen y semejanza de las universidades de corte liberal, ahora éstas se encuentran en un proceso de readaptación, a imagen y semejanza de las instituciones tecnológicas.

La importancia secundaria en que se toman las disciplinas sociales, es producto de la propia dinámica de rezago en que se encuentran y de su falta de prontitud para desenvolverse en el ámbito académico; es el resultado a su vez, de una orientación que las condujo a la fragmentación creciente del conocimiento y al desarrollo de éste en compartimentos estancos, desubicados, sin coordinación y empobrecidos, y aún más: sin alternativas claramente definidas, frente a la avalancha teórica que fue reduciendo el espectro de su quehacer a una actividad cada vez más pragmática e instrumentalizada, que debe llevarse a cabo sin cuestionamientos a las orientaciones básicas de la política imperante.⁴

El Programa Nacional de Educación, Cultura, Recreación y Deporte, impone sujeción sectorial y específica a las prioridades que enuncia y les da coherencia y temporalidad, fortalece las opciones terminales, da prioridad a las ciencias exactas, a las naturales, a las ingenierías; fortalece las orientaciones tecnológicas, todo reducido a perspectivas sexenales, lo cual hace que las prioridades señaladas aparezcan expresadas en términos presupuestales, de apoyo, de infraestructura, docencia e investigación.⁵

El Programa Nacional de Desarrollo Tecnológico y Científico muestra todavía más claramente la orientación central, y expresa el menor énfasis que se da a la totalidad del quehacer científico y la importancia secundaria que se le otorga a la elaboración teórica, reflexiva y propositiva de las ciencias sociales en el quehacer

³ Carlos Muñoz Izquierdo. Análisis y prosperidad del desarrollo educacional en México para la década de los ochenta, 1983. (mimeo., p. 74)

⁴ Antonio Murga y Guillermo Boils. Las ciencias en América Latina. México, UNAM, 1979, p. 24

⁵ Quizá el ejemplo que mejor refleja dicha orientación programática sea el sistema nacional de investigadores (SIN)). Como fue conocido en su primera promoción, el SIN distribuyó las becas correspondientes de manera bastante desfavorable para el área de las ciencias sociales, así en el nivel de investigadores nacionales, el 36.84% del total de las becas se ubicaron en el área de ciencias biológicas, biomédicas, agropecuarias y químicas; el 33.23% en el área de ciencias físicas, matemáticas e ingeniería; y sólo el 14.59% en el área de ciencias sociales. En el caso del nivel de candidatos a investigador, el 8.54% del total otorgado fue para el área de ciencias físicas, matemáticas e ingeniería; el 6.77% para ciencias biológicas, biomédicas, agropecuarias y químicas; y el 0% para ciencias sociales

universitario, concluyendo que lo requerido es tecnología y aplicabilidad técnica-funcional, en donde los centros universitario y de posgrado son útiles siempre y cuando estén en función de agentes vinculados con la producción. Si en las universidades, sobre todo en la UNAM, se había ubicado el grueso de la creación y aplicación --así sea limitada-- de la ciencia y la tecnología ahora el énfasis de lo programado busca concentrarse en los centros de investigación del sector público y privado, en su reforzamiento y creación, sea para fomentar el desarrollo de una investigación de magnitud proporcionalmente mayor que la de las instituciones de enseñanza superior, o bien para convertirse en canales de mayor eficiencia en congruencia con la demanda de tecnología para las empresas.

Durante los ochentas, la planeación universitaria que se había implantado e institucionalizado, empezó a sufrir cambios puntuales conforme se redefinía la política educativa. De la planeación se pasó al mandato de la evaluación universitaria --acuerdo tomado en la XXI reunión ordinaria de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, de 1983-- que continuó hasta 1984, sin llevarse a efecto de manera homogénea, ni generalizada. La crisis económica impuso una cruenta austeridad que afectó seriamente a la educación superior, trayendo consigo nuevas condiciones de desarrollo, ahora sí para todas las instituciones de enseñanza. El sector tradicionalmente favorecido del sistema educativo nacional dejó de serlo, de un plumazo. El gasto destinado a la educación representó, en 1983, el 2.9% del PIB, siendo que en los inicios de los ochentas se había alcanzado hasta el 5%. Para 1984, el recorte presupuestario obligó a reducir aún más las partidas destinadas a la educación, manteniéndose el total por abajo del 2% del PIB. En 1985, en los primeros meses los recortes presupuestales en la federación continuaron, recayendo las limitaciones en los salarios para los trabajadores de la educación y en los subsidios otorgados a la universidades, que estuvieron distribuidos, si bien de manera desigual, entre un 25% y 30 % por debajo de los de 1982. La UNAM, por primera vez en muchos años, señaló públicamente que trabaja con un déficit de 3 mil millones de pesos.

En ese contexto se pasó, sin más, de la política de evaluación a la de programas específicos derivados del Programa Nacional de Educación Superior (PRONAES).

Ciertamente, el PRONAES fue puesto en marcha para resarcir la empobrecida labor de los universidades a través de una serie de proyectos que giran alrededor de la formación docente, haciendo hincapié en el aspecto tecnológico, en la elevación de la optimización y la eficiencia, en la reorientación a la demanda. Las instituciones que coadyuven al desarrollo de estos proyectos podrán alcanzar sumas de financiamiento extras, puntualmente. Hace poco (13/2/85) fue celebrada la reunión de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación superior (ANUIES) que tuvo como objeto comentar y, de hecho aprobar, el PRONAES para 1985.

Por su importancia y actualidad vale la pena detenernos un momento en el PRONAES.

El PRONAES es concebido como "el instrumento que permitirá configurar un orden y pautas de seguimiento", y un recurso de financiamiento extraordinario para las universidades estatales, donde --curiosamente-- se incluye también la Universidad Autónoma Metropolitana.

El PRONAES fue elaborado por el Consejo Nacional para la Planeación de la Educación Superior (COPES), un organismo creado en 1978 por la SEP y la ANUIES. Fue presentado a la Asamblea General de esta asociación en febrero de 1984, por el entonces subsecretario de Educación superior de la SEP, Jorge Flores, quién lo definió como **el programa para el conjunto de las instituciones de educación superior**.

El PRONAES provocó confusión entre las universidades. No se sabía con claridad cuál era su carácter ni su verdadera finalidad sobre todo en lo referente a los montos del financiamiento que se prometía. El PRONAES apareció bajo la forma de 11 programas y 76 proyectos.

A partir de entonces, las universidades tuvieron que ponerse a elaborar los proyectos que requería el Programa, y, por supuesto, no todas los elaboraron, y algunas no lo hicieron bien. Según el balance del PRONAES 1985, durante el año pasado se recibieron un total de 2 350 propuestas, de las cuales casi la mitad fueron referidas a actividades de investigación. Del total de esta propuestas sólo 800 fueron aprobadas (34%), y para ellas se destinaron más de 3 mil millones de pesos.

Pero desde que se inició el año de 1985, las universidades han renovado sus empeños alrededor del PRONAES. Las autoridades y técnicos de las instituciones de educación superior de provincia se prestan a realizar sus proyectos para encontrar un apoyo suplementario a sus austero presupuesto. Cientos de proyectos

se sometieron a un proceso de formulación o reformulación, ya que se tenía previsto, para los meses de marzo y abril, llevar a cabo las fases de presentación, evaluación y elaboración de convenios para acordar la financiación respectiva.

Ahora bien, entendiendo que el PRONAES analiza, a través de la SEP, recursos extraordinarios e independientes del presupuesto ordinario anual de las universidades públicas estatales (más la UAM), el problema resulta grave, porque con ello se ha creado un nuevo mecanismo permanente de ejercicio del presupuesto que ya no controlan las universidades sobre todo, y aún más peligroso es el hecho de que el mencionado funcionamiento se orienta a cubrir aspectos académicos sustanciales de los centros de estudio, como la formación de profesores, la investigación científica y tecnológica, y sus servicios de apoyo. Todo ello dirigido, controlado y evaluado desde afuera de las instituciones, y conforme a criterios desconocidos por éstas y que tampoco ellas definieron previamente. Esto ha hecho que, por ejemplo, departamentos enteros de universidades de provincia encuentren la casi totalidad de su presupuesto anual en el dinero aprobado por los mecanismos del PRONAES. Con esto, las universidades reciben ahora su presupuesto por vía desintegrada: una dotación de sueldos y administración, de parte del gobierno federal y estatal, y otra para el desarrollo de tareas académicas sustanciales, del PRONAES. Tal hecho provoca que el impulso que las universidades deben dar a sus funciones y responsabilidades (como el desarrollar académicamente a la institución) quede fuera de sus manos y también de sus capacidades internas la decisión de echarlos a andar, a lo cual se agrega que la participación de la comunidad para normar y orientar ese desarrollo queda excluida.

Esto revela un fracaso de la planeación educativa impulsada por la SEP y la ANUIES desde 1978. Si las actividades académicas tienen que ser dirigidas y fomentadas "desde afuera", tal hecho significa que los planes elaborados a nivel nacional, regional, estatal e institucional, durante los últimos siete años, simplemente no contemplaron una visión integral de sus principales funciones, y fueron incapaces de orientar su presupuesto al fortalecimiento de sus actividades académicas. Si esto no es así, ¿por qué la SEP no incorpora nuevas partidas presupuestales a los planes ya establecidos de las universidades?, ¿por qué no deja que sean las propias universidades las que rijan sus destinos académicos, sus programas de desarrollo docente, su investigación, o sus cambios curriculares?, ¿no fueron la misma SEP y la ANUIES los órganos que fomentaron los mecanismos de planeación que ahora son relegados por el PRONAES?

Junto a lo anterior, las universidades se enfrentan a otras propuestas que las introducen en nuevas vías de funcionamiento: entre ellas está la creación de un "Sistema Nacional de Instituciones de Educación Superior", que bien podría hacer ineficaz a la misma ANUIES en un futuro próximo, de llegar a establecerse globalmente.

Un sistema Nacional de este tipo estaría por encima de las propias estructuras colegiadas, legales, administrativas y académicas de las universidades, dentro de una sola línea de desarrollo educativo. Esta visión "sistémica" del desarrollo universitario que orientaría sobre todo a las instituciones de provincia, tendría como uno de los principales objetivos erigir dentro del sistema a universidades consideradas como mejor calidad, o, como ahora se les ha llamado "universidades de excelencia", colocando a las demás en posiciones de "segunda clase".

Los cambios súbitos, la crisis económica, la aplicación de una política de austeridad (que al reducir las posibilidades presupuestales de la educación superior pretende contribuir al "saneamiento" del gasto público), la persistencia de la formación de la estructura profesional, la baja calidad de la enseñanza, la falta de planeación académica real, los planes incumplidos, todo ello, en fin, significa que en las universidades se ha pasado de las intenciones de planeación sujetas a una lógica racionalizadora, a momentos de incongruencia con lo establecido.

TENDENCIAS PREVISIBLES

Con todo lo anterior, si es verdad que las ciencias sociales se han hundido en lo que podríamos caracterizar como un "rezago frívolo", y cuentan con la escasa importancia que ahora se les otorga, el golpe, al cabo de los años, pudiera ser demoledor. Ello, porque hay profundas implicaciones a largo plazo en las tendencias dominantes en la educación superior, sobre todo porque el problema de la enseñanza y el aspecto académico, núcleos fundamentales de cualquier reforma universitaria, se encuentran inmersos en una creciente cultura tecnocrática y meritocrática, y que la reflexión, la búsqueda libre del conocimiento y la crítica son ahora

secundarias ante la entrega de un informe de trabajo y el "saber-hacerlo", persiguiendo la investigación rápida y aplicada, el memorándum, el "chequeo", la productividad, lo cuantitativo ante lo cualitativo, lo técnico frente a lo histórico, la orientación institucional frente a la libertad de cátedra e investigación, lo académico remitido a lo administrativo y la enseñanza inclinada al desarrollo de las habilidades relacionadas con el trabajo, la disciplina y las normas de jerarquía laboral.

Si esto es verdad, lo anterior nos presenta un escenario cargado de dificultades y retos para todos que obligaría a un replanteamiento serio y profundo de lo que ocurre en la educación superior.

Entre las tendencias más importantes que podemos apreciar en el rumbo de la universidad considerada como un complejo, que podrían expresarse hacia el final del siglo, tendríamos lo siguiente:

- una creciente desconcentración geográfica y pérdida de importancia de algunas universidades, sobre todo estatales, por el creciente peso de los institutos tecnológicos y otras instituciones de educación técnica terminal; creciente importancia de las instituciones privadas y la extensión de algunas existentes en varias partes del país;
- predominio de las actividades administrativas y técnicas frente a lo académico, bajo la expresión de dominio del currículum urbano y tecnológico;
- conflictividad en torno al bachillerato general o propedéutico, ante el incremento del tipo de educación profesional media, si continúan las políticas establecidas. Ello hará, con seguridad, aumentar la competencia entre la fuerza de trabajo de los técnicos medios con la oferta de licenciados graduados en las universidades.
- La matrícula de la educación normal básica y superior decrecerá, haciendo disminuir el número de alumnos por maestro, bajo el agudizamiento de las condiciones de vida y trabajo de los docentes. Ahora mismo, de 40 mil nuevos profesores, sólo mil fueron empleados. La reducción de sus salarios reales es evidente;
- la pirámide escolar tenderá a modificarse, diferenciando la educación básica como una estructura ensanchada, de los niveles de formación de los técnicos medios con los de la enseñanza propedéutica. El énfasis en la educación superior estará ubicado en los posgrados, teniendo al crecimiento relativo más importante;
- el número de egresados se incrementará, como resultado del mejoramiento de la eficiencia terminal. Si actualmente egresa de la enseñanza universitaria el 7% de cada cohorte que inicia la primera, a fines de la década egresará de ella un 17%, y de la enseñanza técnica un 22%, en vez del 1.3% que egresa actualmente;⁶
- seguramente la visión general del rumbo del sistema será trasunto fiel de la sociedad, expresando sus fines manifiestos y agudizando sus contradicciones; buscará ser técnicamente funcional, planificando conforme a las necesidades del mercado de trabajo pero manteniendo la espontaneidad de la demanda de profesiones característica de la lógica de la oferta y la demanda; desarrollando rasgos elitistas y de "excelencia", pero siempre en el límite de las masificaciones y concentraciones en el encuadramiento político con el Estado, pero sujeta a conflictos, críticas y nuevas alternativas surgidas de su propio seno.

No obstante ello, si no se logra un mejoramiento de las condiciones socioeconómicas del país y de la población, los desafíos tenderán a incrementarse. En particular, en torno a la atención de la demanda y a las presiones sociales en pro de la educación, así como respecto al financiamiento y sobre todo, a la inadecuación con el empleo.

Quisiéramos señalar algunos datos que nos han parecido lo suficientemente explicativos, para reflexionar acerca de estos aspectos.

De acuerdo con un estudio de la ANUIES, hacia 1990 la matrícula, a nivel de licenciatura y posgrado de las universidades públicas, se duplicará, lo cual en términos del gasto federal, requerirá un aumento del 120% con

⁶ Pablo Latapí. "La educación mexicana en la década de los ochentas", en México en la década de los ochentas. México, BANAMEX, 1980, pp. 5-6

respecto al de 1982. A nivel total de los requerimientos presupuestales sería del orden de los 350 mil millones de pesos (ANUIES, 1983). Bajo el supuesto de que esto sería imposible para el Estado, ocurriría por tanto un déficit de 240.8 mil millones de pesos para la fecha tope señalada. Lo anterior conformaría una enorme "brecha" entre la capacidad de atención a la demanda y la disponibilidad de recursos financieros, que afectaría directamente a las universidades públicas. Eso significa que para el año 2000, las deficiencias de atención a la demanda serán grandes: el porcentaje atendido de demanda potencial en la educación superior será de tan solo el 27%, a pesar de la existencia de una matrícula de 4 millones de estudiantes.

Si esta dinámica se establece a mitad de los años 90, el 60% de los profesionales no tendrá una educación superior completa, y un 38% de los técnicos no tendrá el mínimo escolar requerido.

El mayor problema, sin embargo, lo constituirán los efectos que tengan tendencias señaladas en la relación de lo profesionales con el mercado de trabajo, lo cual podría ocasionar graves contradicciones. A pesar de la masificación de las universidades, la economía tendrá que mantener, en sus rubros más productivos, la carencia de fuerza de trabajo calificada. Si se reconoce, además, que no habrá recuperación efectiva de la economía mexicana sino hasta finales de la década, los problemas de empleo de estos sectores se tornarán agudos y desquiciantes.

De acuerdo con una serie de estimaciones,⁷ de cada 5 personas sólo una tendrá ocupación profesional y una de cada 20 la tendrá de tipo técnico. Si no se modifica cualitativamente la actual estructura del mercado de trabajo, la creación de empleos para los profesionales de las ciencias sociales y administrativas seguirá manteniendo la mayor tasa de crecimiento, sobre todo en los servicios y el gobierno, mientras que las ocupaciones para los profesionales técnicos, con la tendencia de su mayor egreso, crecerán a una tasa menor.

Junto con ello, la avalancha de las actuales innovaciones tecnológicas ha empezado a llegar al país (microeléctrica, computación, informatización, automatización, biotecnológica), precipitando al país en el tobogán de una nueva fase de dependencia aún más deplorable, que afecta directamente la actual estructura de las profesiones, llevando a muchas a la obsolescencia y a la profunda redefinición de otras. Esto no está siendo enfrentado con la seriedad que corresponde a la magnitud del problema. Por ejemplo, según los datos oficiales,⁸ mientras la matrícula de la educación superior se mantuvo en un crecimiento constante, pasando de 848,875 alumnos en 1980 a 1 millón 212 mil 667 en 1985, el gasto destinado a la educación se redujo drásticamente como ya hemos señalado, haciendo recaer los recortes anuales desde 1982 fundamentalmente en lo asignado a educación superior y a los salarios para los trabajadores de la educación. Los gastos de la SEP para el desarrollo de la ciencia y la tecnología se han reducido también notablemente, pasando de 17.77% en 1983 al 1.02% en 1984. Asimismo, el presupuesto del CONACYT se redujo del 10.95% en 1983 al 7.88% en 1984.⁹

Si consideramos, además, que se trata de un proceso cíclico y no lineal, esta situación podría agravarse con respecto al mercado de trabajo, la oferta y la demanda de profesionales y la productividad, de ocurrir una nueva desaceleración a fines de la década.

PROPUESTAS

Si lo anterior nos puede ofrecer un panorama más o menos realista de las condiciones en las que se desarrollará la actividad de las universidades, quisiéramos tan solo, finalmente, hacer algunas sugerencias que nos permitan reflexionar sobre las posibilidades de crear un ámbito académico constructivo, aunque no ciertamente fácil de llevar a cabo.

Por principio, quisiéramos señalar la necesidad de revalorar y redefinir en su conjunto y con cara al futuro, la estructura académica y organizativa de las ciencias sociales, sobre todo considerando los actuales impactos

⁷ Alvarez Manilla et al. "La invención, innovación y difusión de la tecnología educativa en México", Grupo de Estudios sobre el financiamiento de la educación. México, SEP, 1982, caps. 5 y 6.

⁸ Ver Miguel de la Madrid. II Informe de Gobierno, Anexos. Sector Educativo, noviembre 1984.

⁹ Javier Flores. "Los pesos de la ciencia", periódico La Jornada, 24-oct.-84, p. 25.

que ha sufrido el conocimiento, debido a las innovaciones que la ciencia y la tecnología están produciendo prácticamente en todas las áreas y disciplinas.

Este proceso ocurre en el marco de una creciente polivalencia en la formación técnica y profesional, en el proceso de enseñanza-aprendizaje y en la interdisciplinariedad de la investigación, de tal manera que hoy se hace enormemente difícil justificar el establecimiento de una nueva carrera especializada sin exponerla a una rápida obsolescencia. Los impactos de la innovación científica han comenzado a tener influencia, inclusive, en aquellas áreas que aparentemente no eran afines.

Por otra parte, ocurre un proceso de integración y concentración del conocimiento, con métodos y metodologías, presentando objetos de construcción concurrentes teórica y operacionalmente, desde varias disciplinas, áreas de conocimiento, o bien relacionado varias de ellas.

Asimismo, hay que considerar que ya existe la posibilidad de construir "troncos" polivalentes generales con un conjunto de disciplinas básicas y permanentes, en términos de lenguajes y métodos comunes.

Pensamos que la decisión de optar, como lo proponemos, por una visión prospectiva, que induce a adelantarse a los cambios en la producción social y en el conocimiento, para concebir y proponer alternativas, no sólo se justifica por una actitud racional y previsor, sino también por la responsabilidad que trae consigo ésta decisión, puesto que la negligente atención a los problemas de largo plazo podría aparejar distorsiones irreversibles.¹⁰

Los siguientes criterios podrían ser útiles en este caso: optar el replanteamiento de éstas disciplinas implica, en primer lugar, que ello o se haga eficiencia. No obstante, la simple idea de atenuar rezagos de reprobación y deserción no basta. La eficiencia para el cambio podrá serlo si incorporamos realmente dos objetivos principales: una mayor atención a la demanda y desarrollo de la creatividad.

Esto supone la decisión de optar por la equidad educativa, con tendencia al bienestar social y cultural; y la creatividad, como una decisión que apunta a los aspectos centrales del currículum.

La creatividad se relaciona con la innovación, con las preguntas y las repuestas originales, con la educación general y permanente. Se asocia en el plano de la enseñanza-aprendizaje con la autoformación. Por tanto, se relaciona con fines de excelencia social --no individual--, de análisis de la realidad natural y social y de los procesos por medio de los cuales ella se transforma; de impulso a la creatividad y al proceso de creación de capacidades y habilidades para el aprendizaje permanente. La instrucción que no se nutre de la innovación y la fomenta constantemente, se esteriliza.

Un segundo criterio, consiste en el subrayado de que el factor determinante para la superación de los actuales rezagos en el conocimiento se encuentra en el proceso mismo del aprendizaje, y en la determinación previa de tales o cuales rasgos vocacionales del estudiante, enfatizado en el eje de la autoformación, en el desarrollo de métodos y lenguajes básicos, y en los conocimientos invariables, que alienten las capacidades de evaluación crítica y de análisis, el entusiasmo social y el espíritu de cambio en el pensamiento y en la acción.

Una propuesta alternativa no recaerá en la readaptación, sino en la idea de que el núcleo de la formación profesional debe permitir a las personas el desarrollo simultáneo de la estructura del conocimiento amplio, flexible y general y el de la competencia profesional de su área, formándose en la elevación de su conciencia cultural y política, y en el desarrollo de las funciones intelectuales más altas (racionalidad, síntesis, abstracción, conceptualización y crítica) y en la capacidad para generar, siempre, nuevos conocimientos. Hay que pensar que si en la actualidad el cambio del perfil académico profesional está determinado por criterios de índole laboral y bajo supuestos requerimientos de la planta productiva, hacia el futuro, las demandas de formación técnica y profesional tendrán que definirse en función de puestos de trabajo que no han existido, por lo que nuestra capacidad de previsión deberá detectar y verificar estructuras organizativas institucionales y curriculares en base a nuevas expresiones y definiciones de roles de trabajo.

¹⁰ Joseph Hodara. Los estudios del futuro: problemas y métodos. México, Instituto de Banca y Finanzas, 1984, p. 16.